



ta perderse, sin que del castillo respondieran, tornando luego todo al silencio y tranquilidad de los sepulcros, y dejando sumidos á los marinos en las más tristes reflexiones. A media noche se oyó ruido de remos, y á poco llegaron en una canoa dos indígenas, preguntando por el almirante. Indicada que les fué su carabela la acostaron, sin querer subir hasta despues de haberlo visto, sin duda por desconfianza. Vino Colon á la borda y les habló; mas ellos, cautelosos en demasía, demandaron una luz para identificar la persona, hecho lo cual, treparon por la escala sin vacilar, manifestando mucho contento de su vuelta.

Traian un regalo de Guacanagari, de quien uno de los embajadores era primo. Conversaron con desembarazo en presencia del estado mayor, y á la pregunta que les hizo Colon acerca de la suerte de los españoles quedados en la isla, contestaron con la mayor sencillez, que todos gozaban de salud; que muchos habian muerto, ya por enfermedades, ya en los combates que tuvieron lugar entre ellos, y que otros habitaban en sitios apartados en compañía de cuatro ó cinco mujeres. Tambien dijeron que dos reyes, Caonabo y Mayreni declararon la guerra al cacique Guacanagari, quemándole sus cabañas é hiriéndole en una pierna, por cuya causa no vendria á visitar al virey hasta más adelante.

Como durante las pláticas se sirvió á los enviados vino en abundancia, y ellos no anduvieron escasos en las libaciones, en el momento de marchar, á eso de las tres de la madrugada, uno, en un momento de báquica expansión con el intérprete lucayo, le dijo que ninguno de los extranjeros existia. Cuando el fiel Diego comunicó la nueva á su padrino, el hermano del almirante, nadie la dió crédito, pensando que por razon de la diferencia del idioma de su tierra al de la espoñola, compreudiera mal la confianza.

Amaneció al fin, y el sol alumbró una playa desierta y triste.

Por las relaciones del primer viaje esperaban los nuevos expedicionarios ver una multitud de canoas balanceándose alegremente en torno de la flota, ofreciendo toda clase de pro-

ductos á trueque de bagatelas, y aun sin retribucion, como meros presentes, y aquella reserva y alejamiento de los naturales no pudo ménos de parecerles sospechosa. Lo propio acontecia al almirante; así es que mandó algunos hombres á la residencia de Guacanagari, que la hallaron reducida á cenizas y con sus defensas de palizada por tierra; y que si no dieron con un solo indio, por haber abandonado en masa la poblacion, en cambio encontraron en sus viviendas restos de ropas españolas.

Acompañado Colon de parte de su estado mayor bajó á la playa, y se dirigió hácia el sitio en que debía estar el fuerte. Más, ¡ay! ¡que sólo quedaban sus ruinas! ¡Qué cuadro de devastacion se presentó á los ojos del revelador del Nuevo Mundo! Vestidos destrozados, pedazos de madera, barriles, cajas, municiones averiadas, en confuso desorden, yacian aquí y allá sobre la alfombra vegetal que tapizaba el piso. El almirante, dominando su dolor, mandó practicar escavaciones por los cimientos del incendiado fortin para descubrir un pozo, en el cual dejó dispuesto se guardara el oro y las preciosidades que fueran adquiriendo los españoles durante su ausencia, pero estaba vacío. Mientras se cumplian sus órdenes fué con su escolta por la orilla del mar, estudiando el terreno, para en el más conveniente levantar una poblacion; y, al llegar á una aldea, cuyos moradores tomaron la fuga apenas los divisaron, y penetrar en las casas abandonadas, encontraron gran cantidad de objetos de la pertenencia de los cristianos, y que seguramente no pasaron á manos profanas por medio de los cambios, pues eran los principales un elegante albornoz árabe, medias, piezas enteras de lana y un ancla.

Al tornar Colon á las ruinas, varios indios, con trazas de muy cándidos, trocaban oro con los europeos. Sabian muchas palabras castellanas, y al tocar las camisas y jubones, les daban sus nombres con vanidosa satisfaccion (1).

(1) «E toccando il giuppone e la camicia á nostri dicevano camicia, guippone, dando ad intendere che sapevano come si chiamassero.»—Fernando Colon, cap. XLVIII.

CAPITULO XX.

De cómo al desembarcar el almirante en la Española encontró destruido el fortin y asesinada su guarnicion.—Todos acusan á Guacanagari, y solamente Colon rehusa á creerlo cómplice de tan sangriento desastre.—Intriga amorosa de Guacanagari á bordo de la Capitana.—Fuga de una beldad cautiva.—La flota, contrariada por el viento, se detiene cerca de un paraje á propósito para fundar una ciudad.—Levanta Colon los planos, pone la primera piedra, y le da el nombre de Isabela. — Sobrecoge á los castellanos una enfermedad desconocida.

El viérnes 22 de Noviembre, se aproximaron á tierra en el golfo de Samana, al que Colon habia puesto de las Flechas en su viaje anterior: estaban, como él dijo, en la isla Española.

Prosiguiendo su exploracion de la costa hácia el N., procuraba el almirante estudiar y conocer las buenas ó malas cualidades del terreno, en atencion á que, aun cuando levantó un fuerte en la ribera de los estados de Guacanagari, y lo dejó guarnecido y pertrechado, no entró en sus miras fundar allí una colonia, pues desde el primer golpe de vista comprendió lo molesto del paraje en tiempo de lluvias. Así que, puede decirse, no construyó la fortaleza de la Navidad más que para utilizar la tablazon del buque zozobrado, y asegurar á su gente de algun ataque brusco del interior, con la proximidad de la playa y el auxilio de la chalupa.

Mientras una lancha se ocupaba en ir sondando la embocadura del rio de Oro, distante

del fortin cosa de siete leguas, viéronse desde á bordo dos cadáveres entre las malezas de la orilla; uno, atados los piés con cordeles de hierba, y otro con un lazo al cuello y los brazos fijos en dos ramas, en forma de cruz: su estado de putrefaccion no permitió distinguir á qué raza pertenecian ambas víctimas; pero como al dia siguiente dieran con dos cuerpos más, y sobre uno de ellos se advirtiese la barba, ya no quedó duda de que eran europeos.

Anubláronse con esto todos los semblantes, y entónces el virey sin perder momento continuó su rumbo en demanda de la Navidad, á cuya vista llegó entrada la noche, echando el ancla á una legua de distancia por temor de los arrecifes en que el año ántes se perdió la *Sant Maria*.

Reinaba la mayor ansiedad en las tripulaciones, y Colon, sorprendido de no percibir el menor ruido de la costa, ni el más leve estello de luz, hizo disparar dos cañones, que fueron retumbando por aquellas soledades has-



Repetían los apellidos de los que Diego de Arana quedó mandando, é indicaron allí cerca la sepultura de once de ellos, diciendo que Caonabo y Mayreni los mataron; pero hay que advertir que, en sus discursos, se lamentaban con frecuencia del considerable número de esposas que habían menester los españoles.

Poco á poco fueron presentándose más indios, y un hermano de Guacanagari, vino, acompañado de sus guardias, á felicitar al almirante, á quien saludó en castellano y dijo que los que dejó vivos en la Navidad habían muerto. Su relacion sobre las causas que originaron la catástrofe, era exactamente igual á la de los demas naturales: querellas entre los de Arana por el oro y las mujeres, llegando á perderle el respeto; insurreccionarse sus dos tenientes despues de haber asesinado á un tal Diego, y escapar con nueve revoltosos y las indias que forzaban á seguirlos á los estados del rey de las montañas, «señor de la casa de oro,» Caonabo, príncipe de raza caribe, é indómito guerrero, que los hizo degollar en el acto; desertar otros con armas y bagajes á puntos lejanos para traficar con oro á su placer, no sin entrar ántes á saco con los efectos destinados á los cambios, y recorrer los más en grupos de tres ó cuatro los campos vecinos, robando las cabañas de los indígenas, apoderándose de sus mujeres y de sus hijas, maltratándolos á ellos y vejándolo todo. La proteccion que les dispensaba Guacanagari hacia que los indígenas llevarán con paciencia tamaños y tan repetidos ultrajes; pero como los atropellos llegasen á superar á cuanto puede imaginarse, buscaron el modo de sacudir el yugo de los hombres que creyeron un día venidos del cielo, y que convertían su existencia en un infierno. El buen Diego de Arana, único fiel á su bandera, habitaba en el fortín con diez hombres, que se retiraban á él por la noche; mas desgraciadamente, confiando en su artillería y en la timidez de los naturales, no ponían centinelas y se entregaban al sueño con el más completo abandono.

En esto Caonabo, de concierto con un cacique vecino, á la cabeza de una hueste numerosa, atravesando con cautela los bosques, llegó

una noche al pié de la fortaleza, la rodeó y procedió al ataque, sin encontrar resistencia; que todos sus guardianes dormían. A una señal del señor de la casa de oro, se arrojan sus vasallos, y aliados á las defensas, lanzando su grito de guerra, escalan el baluarte, lo ganan, y ántes que los españoles hubiesen tenido tiempo de coger las armas, quedan degollados. De allí da Caonabo sobre las viviendas de los otros castellanos, que descansaban en los brazos de sus amantes, y las pega fuego. Ocho de ellos logran escapar del incendio, se abren camino por medio de la indiada, que los cerca como una valla de carne y logran alcanzar la orilla; pero no tienen más recurso que las olas. Los de Caonabo los persiguen, se extienden por la ribera, y los desdichados, despues de sostenerse algun tiempo sobre el agua, desfallecen y van á estrellarse en los arrecifes.

Al ruido del tumulto y al resplandor del incendio, Guacanagari tuvo la generosidad de acudir á la defensa de sus indignos huéspedes; mas la pronta ejecucion de Caonabo hizo estéril su buena voluntad, pues en un combate entre su gente y la del señor de la casa de oro, aquél, más esforzado que perito, quedó en derrota y además herido de una pedrada, que le asestó el mismo caudillo montañés. Los de Guacanagari cejaron desde el primer choque, y él se refugió en los bosques, miéntras el vencedor reducía á carbones su palacio, ántes de volver á su territorio.

Escudándose con la autoridad de Oviedo, Washington Irving parece condenar á Colon, diciendo segun él, que salvo el comandante del castillo D. Diego de Arana y uno ó dos individuos más, los dejados en él pertenecían en su mayor parte á la clase más ínfima, ó eran marineros, que una vez desembarcados no supieron conducirse con sobriedad y recato.

Habiendo Oviedo atravesado ocho veces el Atlántico, tuvo, sin duda, alguna desavenencia con gente marinera, y la guardó rencor, viniéndose con emitir en este respecto una opinion singular y casi cómica (1). Sin embargo,

(1) «Mais, à vrai dire, sans préjudice d'aucuns marins qui son hommes de bien, courtois et vertue



léjos de vituperar á Colon, justificó la oportunidad de aquel germen de colonia, «y el número, y la eleccion de los hombres de que la compuso; y despues de decir que «escogió los cristianos que le parecieron más apacibles y valientes,» expone que «les enseñó perfectamente el medio de mantenerse entre los salvajes.»

En cuanto á la ignorancia de los primeros colonos, Oviedo, lo mismo que Washington Irving, están en un error, porque bajo las órdenes del caballero Arana vemos á Pedro Gutierrez, de la servidumbre del rey y guarda-muebles de la corona; al escribano Escovedo, empleado en el guarda ropa; al bachiller Bernardino de Tapia; al honrado y esperto cirujano, micer Juan; al fundidor de metales, Castillo, además joyero y platero en Sevilla; al constructor de marina Rivera; á hidalgos tales como Francisco de Henao, Francisco Vergara, Francisco Godoy, Juan del Barco y Cristóbal del Alamo; á un maestro armero, un carpintero, un calafate, un tonelero y un sastre. No es, pues, posible admitir la estraña idea de Oviedo, con tanta facilidad seguida por Washington Irving, acerca de la grosera incapacidad de los hombres dejados en la Española. Cerca de la mitad de ellos eran personas inteligentes y dotadas de instruccion; pero que con imperdonable torpeza consumaron su ruina.

El almirante les habia sabido asegurar una proteccion bienhechora: con los recursos de que dispusieron hubieran podido remediar todas sus necesidades, tanto más, cuanto que la generosidad de Guacanagari, proveía á ellas abundantemente, hasta satisfaciéndolo con sus vasallas á sus voluptuosos deseos: observando las recomendaciones de Colon, hubieran conservado su primer ascendiente en el espíritu de aquellos pueblos que los creían inmortales, y

je suis bien d'opinion qu'en la plupart de ceux qui exercent l'art de la marine, y a une grande faute de jugement pour les choses de la terre. Car, outre que la plupart d'entre eux sont de basse condition et mal instruits, ils sont aussi ambitieux et adonnés à autres vices, comme à gourmandise, luxure, rapine qu'on ne pourrait souffrir.—Oviedo. *Hist. natur. et génér. des Indes*, lib. II, cap. XII.—Trad. de Juan Pouleur, ayuda de cámara de Francisco I.

habrían podido hacerlos cristianos, y prepararlos á ser súbditos felices de Castilla. A pesar de haber destruido imprudentemente el prestigio, que la conducta sin tacha de su caudillo les conquistara, sus desórdenes y su opresion hubieran quedado impunes, si al ménos hubiesen guardado la última de sus recomendaciones; la de no separarse nunca (1), ni dormir fuera de la fortaleza.

Nombró el almirante una comision compuesta de dos ingenieros, un arquitecto y un constructor naval, bajo la presidencia de Melchor Maldonado, sobrino del cosmógrafo, para darle un informe topográfico acerca del lugar más adecuado á la fundacion de una ciudad. Miéntras los comisionados estudiaban la costa en una chalupa, una canoa con dos indígenas la alcanzó, reconociendo en uno de ellos el piloto al hermano de Guacanagari, que venia á suplicar á los extranjeros bajasen á tierra y fuesen á ver al rey, que estaba en su lecho de resultas de su herida. Trasladóse Maldonado con los otros á la residencia del cacique, que la formaba un grupo de unas cincuenta casas, y lo hallaron, en efecto, tendido sobre su hamaca, y rodeado de siete mujeres. Manifestóles Guacanagari su sentimiento por no haber visto á Colon, y les dijo que Caonabo y Mayreni habian dado muerte á los cristianos, y heridole á él; y para justificar lo último, les enseñó una pierna vendada, dando muestras de dolor al tocarla. Los españoles creyeron de buena fe en la sinceridad de sus palabras. Al despedirlos, regaló á cada uno el cacique un objeto de oro, y les encargó al mismo tiempo dijieran al almirante que agradecería su visita, pues él no se sentía en disposicion de anticipársela. A mayor abundamiento, su hermano fué á invitar directamente á Colon.

Al día siguiente, despues de comer, dispuso el almirante que los diez y siete capitanes de

(1) «Ce non obstant vécut ainsi cependant qu'ils furent unis et demeurèrent ensemble. Mais sitôt qu'ils furent désobeissants à leur capitaine, et qu'ils entrèrent en pays, petit à petit, écartés et séparés les uns des autres, furent tous occis et massacrés.—Oviedo y Valdés. *Histoire naturelle et générale des Indes occidentales*, lib. II, cap. XII. Traducción de Juan Pouleur.